

Pablo Stelingis

## **Carlos Pezoa Véliz, poeta modernista innovador**

*(Continuación del N.º 348)*

### **V I**

#### **NATURALISMO Y MISTERIO POETICO**

La poesía de Carlos Pezoa Véliz, además de presentar la vida real y palpitante, se caracteriza por su nota naturalista. La influencia de la época, y en especial del naturalista Zola, es notable. La comparación de los frutos nacientes con "las carnes florecientes de rubios pequeñuelos dormidos sobre el cálido regazo de la madre, después del embarazo" (1) en su "Campo lírico", o del perro vagabundo, "flaco, lanudo y sucio . . . que escarba la basura" con "cierto olor a sepultura" (2), o, en fin, la presentación de la ciudad con sus ladrones, bellacos y "su mar, su informe movimiento, sus herrajes, su humo, su alcohol, su enorme carne, su alma multiforme, sus músculos, sus blindajes" (3), son muestras suficientes de su naturalismo. Pero al lado de eso, hay versos llenos de poesía etérea, de misterio poético y de belleza. Basta recordar su "Tarde en el hospital", poema lleno de dolor y eteridad poética. Pocas palabras, mu-

chas insinuaciones y mucha poesía. Este es el "no sé qué" de la poesía de Pezoa Véliz, el "no sé qué" que él mismo nos menciona hablando sobre el cantar del río:

*El río iba cantando no sé qué cosa en lo hondo  
de una barranca agreste. Reía abajo el agua  
con que ríe en la gloria de los campos la rosa,  
a la gloria apacible de la alegre corriente (4).*

El ilustre padre Feijoó, noble y docto espíritu español, ya en el siglo XVIII llamó la atención de los críticos sobre el "no sé qué" que existe en el arte. ¡Concepción modernísima del arte, expresada con los mismos términos de "no sé qué" en dos autores tan diferentes! Este "no sé qué" del arte es el aire misterioso que no pueden contener las reglas poéticas ni expresar las escuelas literarias. Puede ser el canto del río, pueden ser los ojos de la amada, un cielo azul en éxtasis o la ciudad que duerme, o la lluvia que cae, o, por fin, un solo tono, una nota. Es el mismo espíritu del arte, misterio de la creación.

Los versos de Pezoa Véliz, como los de todo poeta auténtico, llevan esta chispa del misterioso "no sé qué". El poeta canta la vida real y prosaica. Es notable la influencia de Zola, pero a la vez nada separa tanto la poesía de Pezoa Véliz de la escuela naturalista, como este "no sé qué" poético, esta chispa divina, de que carece la escuela literaria llamada naturalista.

La tentadora y más corriente explicación de que Pezoa Véliz es un simple escritor naturalista no nos parece una razón justa ni suficiente. Pezoa Véliz supo ver la vida no sólo desde el ángulo unilateral del naturalismo, sino que la abarcó en su totalidad: romántica y simbólicamente, lo que significa más que una explicación naturalista del mundo. Nosotros somos más alma que cuerpo, y no sólo el cuerpo, como lo pretende demostrar el naturalismo exagerado. El naturalismo para Pezoa Véliz no es la finalidad en sí,

sino sólo un medio de expresión que ejerce su función dentro de su mundo poético, el cual es romántico, simbólico, realista y naturalista a la vez.

Para Pezoa Véliz la poesía no es una simple aplicación de unas fórmulas de arte, basadas en una u otra escuela literaria, sino que es algo más; es un misterio:

*Amada mía, ¡tu amargura calma!  
Te besaré la frente en este día  
y mis palabras llegarán a tu alma  
llenas de misteriosa poesía . . . (5).*

Así escribe Pezoa Véliz, embebido del espíritu romántico en su juventud temprana, y así lo repite, mucho más tarde, con las sagradas palabras del "no sé qué" en "Una Astucia de Manuel Rodríguez":

*. . . Cerca había un remanso  
de apacible frescura;  
la moriña del néctar, no sé qué de ternuras  
impregnaba en las cosas de los campos agrestes,  
se adhería a las plantas, empapaba el ramaje  
los parleros arroyos, los espacios celestes  
y el solemne mutismo del tranquilo paisaje (6).*

Esta descripción del paisaje, con la presencia del "no sé qué" sagrado se nos ofrece para una comparación con una poesía del poeta español Sebastián de Córdoba, donde se canta el amor profano a lo divino:

*Aconteció que en una ardiente siesta,  
viniendo de una fiesta fatigados,  
en el mejor lugar de esta floresta,*

*en un silencio solos y apartados,  
a la sombra de un árbol aflojamos  
las cuerdas a los miembros trabajados.*

*En el sombrero pie nos reclinamos,  
y Celia de aquel árbol recogiendo  
no sé qué espíritu de sus sacros ramos (7).*

En la poesía de San Juan de la Cruz también nos encontramos con este "no sé qué" sagrado, ya expresado por Sebastián de Córdoba en sus poemas a lo divino. Como lo explica San Juan de la Cruz en sus comentarios en prosa, para el poeta místico este "no sé qué" es "un altísimo entender de Dios, que no se sabe decir", ... pero que "se sabe sentir" (8).

Pezoa Véliz no es un poeta religioso, ni mucho menos, un místico. La presencia de un "no sé qué" en los versos de Pezoa Véliz no se refiere a sus experiencias místicas, sino a la poesía, porque el arte es más que las reglas y a veces más que el decir humano.

José Santos Chocano, contemporáneo y uno de los poetas que más veneraba Pezoa Véliz, al contemplar en su "Oro de Indias" la primera lluvia, nos dice:

*No sé qué emoción honda de ingenuidad riante  
con la primera lluvia me asalta y calofría...*

.....  
*No sé qué emoción, siento cuando la lluvia llora:  
todo mi ser recógese y se extasía y ora... (9).*

Emoción, que no se puede definir, pero que existe en todo el arte auténtico y es a la vez la esencia de la poesía.

Lo han dicho los más grandes artistas del mundo y calurosamente lo han defendido los románticos. Aquí nos parece encontrar el origen del "no sé qué" sagrado de la poesía de Pezoa Véliz.

Este "no sé qué" poético también se repite en su prosa:

"Caían las primeras hojas miserables de los altos acacios que oscurecen las avenidas. Los perros vagos hacían aparecer las miserias de los tiempos fríos husmeando el suelo en interminables jornadas, mientras que un otoño prematuro invadía la gloria del verano con *no sé qué* incomprensible tristeza" (10). ("Aquella Tardecita Helada").

"Espeso cortinaje de pelo negro sobre la frente. La mirada con un *no sé qué* ensoñativo" (11). ("Impresiones de Viña del Mar").

"Y seguía el cuchicheo, ahí en la sombra, abrazador de misterio y de *no sé qué* cosa extraña que habla brutalmente en el silencio, el alba y la noche, la primavera y el invierno, el calor y el frío, la locura y el juicio, la carne y el alma..." (12). ("Semana Santa").

Muchas veces la poesía se identifica con el amor. Algo parecido encontramos expresado en la creación de Pezoa Véliz. El amor para el joven poeta es la fuente de la poesía. Pero, entonces ¿qué es el amor?, nos preguntamos como unos niños asombrados. Difícil es su definición, como la de la poesía. Misterio humano, un *no sé qué* inefable, cuya chispa divina es común para ambos: así para el amor, como para la poesía.

Con eso no tenemos la menor intención de dar una definición decisiva: sólo lo que queríamos decir, es que los dos, amor y poesía, en su unión misteriosa de un *no sé qué* inefable están ardiendo en sus versos.

---

(1) Pezoa Véliz, Carlos: "Poesías, Cuentos y Artículos", pág. 79, ed. cit.

(2) Idem, pág. 131.

(3) Idem, pág. 197.

(4) Idem, pág. 190.

(5) Idem, págs. 94 y 95.

(6) Idem, pág. 193.

(7) "Egloga" a lo divino, Sebastián de Córdoba, cit. por Dámaso Alonso, "La Poesía de San Juan de la Cruz", págs. 53 y 54, C. Crisol, M. Aguilar, Madrid, 1946.

- (8) Cruz, San Juan de la: Comentarios en prosa a los poemas, Cántico Espiritual, estrofa 7.  
(9) Chocano, Santos José: "Poesías", pág. 356, Edit. W M. Jackson, 2.<sup>a</sup> ed., Bs. Aires, 1946.  
(10) Pezoa Véliz, Carlos: ob. cit., pág. 236.  
(11) Idem, pág. 236.  
(12) Idem, pág. 323.

## LA HUIDA DE LA REALIDAD

### V I I

En los artistas los fuertes choques con la realidad siempre producen la huída del mundo real: el pasado o el futuro les sirve de refugio.

Los renacentistas se escapaban hacia la Edad de Oro o a la edad dorada. En el Cap. XI de la primera parte del *Quijote* el noble hidalgo nos habla de la edad dorada, cuando no había ni "tuyo" ni "mío" y todos eran felices. ¡Dichosa edad y dichosos tiempos aquellos!

Los románticos huían también de este mundo: las lejanías, el pasado los atraía. La Edad Media para muchos era el deseado refugio.

Los modernistas, hombres sensibles, tenían también su escape: Versalles, el esplendor oriental, las diosas griegas, la mitología escandinava, la filosofía budista... Todo esto les servía de motivo para su poesía y de realidad para su mundo poético. Estaban en permanente choque con el mundo real y lo odiaban. Esta es la actitud de los primeros modernistas, que se sentían aprisionados en el mundo real. Por eso su poesía estaba poblada de cisnes, de sátiros, de centauros y de ninfas, que los llevaban a otras tierras y otros climas. Nosotros no podemos imaginar a Rubén Darío sin su cisne, su lago y su color azul. Estos son algunos de los elementos poéticos, que le sirven de escape de la vida real. Y ¿qué podríamos decir sobre Pezoa Véliz?

Ya hemos notado que el cisne, tan predilecto de Rubén Darío, apenas aparece en su poesía (una sola vez) (1). El lago tampoco es frecuente en su mundo poético. Hemos encontrado estos dos casos: un lago soñador y riente en su "Campo Lírico" y otro lago tranquilo en su "Carta a una dama". El color azul lo hemos anotado en los siguientes casos:

*Como una gigantesca alegoría  
de juegos pirotécnicos azules (2);*

*la gran pupila azul del infinito (3);*

*velan por ti; en la noche bruna,  
desde el azul hasta tu riente ceño (4);*

*arropados en túnicas azules (5);*

*un cielo azul, en éxtasis (6);*

*a la ventana azul varias estrellas (7);*

*ojos hondamente azules (8).*

Estos son todos los ejemplos que contiene el libro. ¡No hay ninfas, ni centauros, ni el brillo de París, ni pavos reales! Su finalidad es otra: presentar la vida real, el alma de las cosas. Pero esto no significa que Pezoa Véliz no busque el escape de la vida real. Sólo sus elementos de escape son diferentes y, tal vez, más sencillos que los de muchos poetas modernistas.

Volveremos a recorrer su mundo poético. He aquí otra vez su "Primera lluvia". El poeta está enfermo y yace en la cama. El cielo está cubierto de nubes. Afuera llueve. Cae la lluvia y gotean las hojas amarillas de los álamos. Y el poeta empieza a soñar con un

pretérito, embellecido y anhelado. Escapa de este mundo triste y se refugia en los días idos. ¡Oh, los días idos! ¡Qué mortal no sueña con vosotros!

El recuerdo de su madre, en "Cansancio del camino", también lo lleva a refugiarse en los días de ayer.

Y las golondrinas, las oscuras golondrinas, que sirvieron de elemento de escape en la poesía de Gustavo Adolfo Bécquer y cuya aparición hizo llorar a tantos amantes, también las encontramos en la poesía de Pezoa Véliz. Las golondrinas en su poesía generalmente son alegres: recuerdan la sonrisa de su amada (9), hay "bandas de golondrinas" (10), "la golondrina es contralto" (11). Sólo una vez con las golondrinas, que están mencionadas junto con otras avecillas, aparece la nota melancólica y triste:

*Ellas, cuando yo muera, irán llorosas  
a cubrir mi sepulcro de frescas rosas (12).*

Pero lo interesante es que en la poesía de Pezoa Véliz hay una edad dorada:

*Y en la noche Pancho se echa  
sobre el colchón de maíz.  
El viejo habla de otra fecha...  
Tomás lo sigue, repecha  
otra edad y otro país.*

*Otro país en que hay reyes  
bondadosos y en que hay bien,  
vacas encantadas, bueyes  
de oro, pastores y greyes  
con astas de oro también.*

*Y en que no hay mejillas flacas  
ni hombres que ultrajados son;  
y en que hacen mil albaracas,  
chicas, trigales y vacas  
en eterna floración.*

*Y en que el labrador, buen amo  
y siervo de sí mismo es,  
y en que la encina, el retamo  
sólo se entrega al reclamo  
del que la encontró al través (13).*

En el poema "El organillo" otra vez aparece la edad feliz. Sen-  
cillamente, es la época:

*Cuando la tierra era buena:  
cuando no había patrones  
que bicieran siembra de pena  
y vendimia de pulmones.*

*Y cuando sobre los piques  
de los rotundos faldeos,  
iban los viejos caciques  
a contemplar los rodeos.*

*Y eran dueños de la tierra,  
del arado y la picota,  
del machete y de la sierra  
que rasga el árbol que brota (14).*

Tenemos una imagen de su edad dorada: tiempos felices, sin patronos, con reyes bondadosos, vacas encantadas, y bueyes de oro. Hombres primitivos, dueños de sus tierras y amos de su felicidad. Esta es la época feliz de Pezoa Véliz: en el pasado, en los días del hombre primitivo, idílica sociedad precolombina "del *bon sauvage*" (15), como lo dejó expresado en sus versos Rubén Darío.

Pero Pezoa Véliz también encuentra hombres felices en nuestros días. Estos felices son los hombres rústicos, los campesinos. "¡Oh rústico feliz" (16), exclama el poeta, contemplando al alegre carretero: "tú del hombre feliz la imagen eres! / ... ¡Canta! Canta feliz, buen carretero, / frente a tus bueyes mustios y cansados" (17).

---

(1) Estas observaciones de carácter estadístico sólo se refieren a las poesías seleccionadas por Armando Donoso.

(2) Pezoa Véliz, Carlos: "Poesías, Cuentos y Artículos", página 61, ed. cit.

(3) Idem, pág. 67.

(4) Idem, pág. 70.

(5) Idem, pág. 76.

(6) Idem, pág. 79.

(7) Idem, pág. 85.

(8) Idem, pág. 200.

(9) Idem, pág. 85.

(10) Idem, pág. 86.

(11) Idem, pág. 97.

(12) Idem, pág. 87.

(13) Idem, pág. 181.

(14) Idem, págs. 166 y 167.

(15) Salinas, Pedro: "La Poesía de Rubén Darío", pág. 230, edición citada.

(16) Idem, pág. 148.

(17) Idem, pág. 149.

(Continuará).